

# LUCES DEL OTOMI

Ó gramática del idioma  
que hablan los indios otomíes en la

REPUBLICA MEXICANA

Compuesta por un padre de la Compañía de Jesús.

PUBLICADA

Bajo los auspicios del Sr. Lic. D.  
Manuel Romero Rubio, Secretario de Gobernación,

Por el Licenciado

EUSTAQUIO BUELNA

Magistrado de la Suprema Corte de Justicia  
y miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística,  
poseedor del manuscrito relativo.

BIBLIOTECA PÚBLICA DEL ESTADO DE JALISCO "JUAN JOSÉ ARREOLA"  
MÉXICO, 2008

**BIBLIOTECA PÚBLICA  
DEL  
ESTADO DE JALISCO**

MEXICO

IMPRESA DEL GOBIERNO FEDERAL, EN EL EX-ARZOBISPADO  
( Avenida 2 Oriente, núm. 726 ).

—  
1893

---

---

*... la ...*  
*... de ...*  
*...*

## INTRODUCCION.

---

**L**AS *Luces del Otomí*, como su autor llama á la gramática de ese idioma que ahora publico, han sido un verdadero hallazgo para la filología mexicana, no sólo por las circunstancias de su adquisición, que debo á la casualidad, sino principalmente por su contenido, que al parecer resume los conocimientos gramaticales transmitidos hasta la época en que fué escrita, acerca de esa lengua tan difícil, como extraña ó interesante, que hablaba la raza tenida por autóctona en México y que es la usual todavía entre gran parte de sus hijos, esparcidos en algunos de los Estados más centrales de la República Mexicana.

El libro, tal como llegó á mis manos, era un manuscrito encuadernado con pasta de pergamino ya muy deteriorada, la que hice luego cambiar por otra de piel, para mejor preservarlo de los maltratos del uso y del tiempo; ya no llevaba la portada ni la dedicatoria; el color amarilloso de sus fojas acusaba por sí sólo su edad más que pro-

vecta; y el texto estaba escrito en letra antigua, aunque bien clara, inteligible y sin merma. Parecía á primera vista una antigualla inútil; pero entre tales obras viejas y por el vulgo despreciadas, suelen encontrarse verdaderas joyas para la historia, la literatura y la lingüística, y de esta última clase es la de que acabo de hablar y que me he apresurado á dar á luz por la prensa, luego que he podido proveerme de algunos tipos especiales, necesarios á causa de las variadísimas pronunciaciones de este idioma.

Para que desde luego se pueda formar juicio acerca de la importancia del manuscrito, voy á hacer en seguida una descripción sinóptica del mismo y de su texto.

Careciendo de portada, como he dicho, no ha podido revelar el nombre de su autor, pero nos deja presumir, al menos, que éste fué jesuita, pues en la tabla de las materias puestas al fin de la obra, asienta como la primera, antes del prólogo, la dedicatoria á San Ignacio de Loyola, tan común entre los padres de la Compañía de Jesús, dedicatoria que, repito, no aparece ya en el libro.

Desde 1752 comenzó el autor á consultar los manuscritos relativos á dicho idioma, y la última obra que dice haber leído, es la gramática del padre Neve, impresa en 1767, de lo que se deduce que él debió concluir la suya poco tiempo después, determinándose así, aunque sea á poco más ó menos, la época en que la escribió.

Toda ella, comprendida en 489 páginas, consta de un prólogo, cinco libros y un índice. El prólogo no tiene nada de notable.

El libro primero trata del origen y nombre del idioma; de la doctrina de D. Eusebio de Escamilla, catedrático de la Universidad Real de México, y de la de los padres del

Hospital Real de la misma ciudad, acerca de la pronunciación del otomí, de los caracteres inventados para expresarla y de las reglas gramaticales del idioma, insertando luego un importante diccionario español-otomí, otro especial de los nombres de los miembros del cuerpo, otro de los de parentesco, otro de ciertas frases compuestas de los verbos *llevar, recibir y traer*, otro de algunos nombres que llaman adjetivados, concluyendo con la doctrina cristiana del padre Bartolomé Castaños y el catecismo de Ripalda, vertidos al otomí en la parte que se creyó conveniente; todo según los papeles que el autor consultó, pertenecientes á los mencionados padres del Hospital Real.

El libro segundo trae una ligera noticia biográfica de los padres Horacio Carochi y Francisco Jiménez, de la Compañía de Jesús, y de Juan Sánchez de la Baquera, vecino de Tula; expone las doctrinas particulares de los primeros y del segundo acerca de la pronunciación y escritura de esta lengua; pone algunas enseñanzas gramaticales de dicho Juan Sánchez y al fin un diccionario español-otomí del mismo, precedido de otro de adverbios usados por sus discípulos.

El tercero, que el autor califica de más interesante, contiene una compendiosa biografía del padre D. Luis de Neve y Molina, sinodal de este Arzobispado de México, y explica en seguida los caracteres de que este autor tuvo que valerse para dar á luz su Arte, terminando con un copioso diccionario otomí-español, que contiene los vocablos escritos con los caracteres inventados por dicho autor.

Los libros cuarto y quinto reproducen los diccionarios de los libros primero y segundo, pero convertidos del otomí al español.

El índice no es una repetición de los rubros de los capítulos, sino una enunciación no muy exacta de su contenido, por lo que me he visto obligado á modificarlo, para que corresponda á dichos rubros, á fin de evitar equivocaciones.

Por lo dicho, las *Luces del Otomí* contienen cinco diccionarios generales y otros tantos sobre objetos especiales, con más el texto de la gramática y las diversas doctrinas sobre pronunciación y escritura que se habían adoptado entre los autores hasta que se formó la obra de que se trata, que parece haber sido el trabajo más extenso acerca de esta materia.

Yo le he añadido un diccionario, que es el mismo otomí-español contenido en el libro tercero, pero convertido en español-otomí, á fin de que el lector que se dedique al estudio de esa lengua, posea en esta última forma el más importante de los que trae el autor; y bien hubiera querido formar otro con los vocablos que se encuentran en los ejemplos que presenta la gramática, pues he observado que muchos de ellos no se hallan en los diccionarios á que me he referido, pero me ha arredrado el temor de incurrir en inexactitudes, lo que sería probable, supuesta mi ignorancia del idioma.

En la impresión he corregido el texto español con arreglo á la ortografía hoy en uso, pero he procurado dejar intacto el original otomí, si se exceptúan algunos vocablos escritos con la letra *v*, que en aquel tiempo valía por *u*, pues en casi todos ellos he efectuado el cambio cuando juzgaba que la primera de dichas letras era inadecuada para la pronunciación.

La escasez de gramáticas de la lengua mencionada me

hace esperar, que la que ahora doy á luz, resumiendo las noticias que acerca de ella habían dado, así la impresa del padre Neve, como otras inéditas, satisfará una necesidad que ya se hacía imperiosa entre las personas dedicadas á los estudios filológicos.

No cerraré la presente introducción, sin dar una idea de la nación otomí, su pobrísima historia, sus costumbres y residencia, para lo cual nada es más á propósito que transcribir lo que sobre ella dice el distinguido escritor mexicano D. Manuel Orozco y Berra en su Historia antigua y de la conquista de México, tomo 2º, página 170.

“Los otomíes, en mexicano *otonca*, son antiquísimos en Anáhuac. Actualmente están derramados por los Estados de México, de Hidalgo y de San Luis, ocupan Querétaro y la mayor parte de Guanajuato, y se les encuentra también en Tlaxcala y Veracruz: en los tiempos antiguos ocuparon mayor extensión, supuesto hallarles mezclados con los totonaca y los tepenua, cercanos á los huasteca, y que ciertos pueblos de las llanuras, ocupados por gentes de otras ramas etnográficas, conservan aún nombres otomíes: penetraron en el mismo Valle de México, viviendo todavía en las ásperas montañas que lo limitan hacia el N. O. Anteriores, en nuestro concepto, á las invasiones de las tribus nahoa, lo son sin disputa á la tolteca; cuando éstos llegaron á establecer su monarquía, pusieron su capital Tollan en la población otomí de Mamenhi. De aquella época sin duda data, que los otonca llaneros quedarán dispersos entre las nuevas tribus invasoras, y fueran arrojados hacia las montañas, donde pudieron mantenerse libres á favor de la fragosidad del terreno.

“Los situados más al N. conservaron siempre su primi-

tiva rusticidad; vagueaban por la tierra manteniéndose de la caza y de los frutos espontáneos del suelo; los más australes al contacto de la civilización nahoa, se domesticaron un tanto y levantaron pueblos de cierta importancia, á los cuales fueron á perseguirles las armas de los méxicas. Así pertenecían al imperio los más hábiles y cercanos, mientras los más distantes y broncos jamás reconocieron yugo. Los mansos, como pueblos cazadores y montañeses, si bien se regían en cierta policía, estaban divididos en pequeños señoríos; obedecían á unos mandones semejantes á los *calpixque*, habiendo otros de mayor categoría nombrados *otonilamacaque*: las palabras son mexicanas y pudieran corresponder á las autoridades puestas por los conquistadores. Sus dioses eran Yocipa, con templo de paja, en el que oficiaba un sacerdote mayor dicho Tecutlato, asistido por ministros inferiores, y por jóvenes educados como en monasterio; hacían penitencias, sacábanse sangre con puntas de maguey, velaban y tocaban los instrumentos sagrados: adoraban también á Otontecutli su primer conductor, á Xoxippa y á Atetein. Decían *tlacihque* á sus adivinos, consultando con ellos sus lances de guerra y cosas del porvenir.

“Aunque su principal ocupación era la caza, cultivaban la tierra, si bien no aprovechaban cual debieran las cosechas, pues luego que los frutos comenzaban á presentarse, los consumían con poca previsión. Sus casas eran humildes y de paja. Vestían los hombres pulidamente, aunque se les echaba en cara sobrecargarse de dijes y adornos de una manera ridícula; usaban bezotes y orejeras, distinguiéndose por el valor y finura de las piedras los señores, guerreros y gente común: cortábanse el cabello la

media cabeza de atrás muy corto, dejándolo en la parte delantera crecido, á lo cual llamaban *piocheque*. Las mujeres, de niñas se rapaban la cabeza; de mozas, dejaban crecer los cabellos sin peinarlos, y solo cuando ya habían sido madres se los componían; ridículas en el vestir como los hombres eran apodadas por compuestas; traían zarcillos ú orejeras; se pintaban pecho y brazos de labores azules, haciéndolas permanentes punzando las carnes con lancetas; se emplumaban con plumas coloradas piés, piernas y brazos; afeitábanse el rostro con el betún amarillo llamado *tecozahuiltl*, sobre el cual ponían rojo en las mejillas; teñíanse los dientes de negro: las viejas se cortaban un poco de pelo sobre la frente, atildándose cual si fueran mozas. Bravos y valientes tenían marcada propensión á la holganza. Los méxica tratándoles como esclavos les despreciaban, teniéndoles por toscos, torpes é inhábiles: cuando los méxica reñían entre sí ó apodaban á los niños por poca capacidad les decían otomí. En su pristina extensión debían confinar al N. con las tribus bárbaras de los cuachichiles; al E. los cuexteca y totonaca; al S. los mazahua; al O. Michhuacán. Hablaban lengua particular.”

México, Enero de 1893.

Eustaquio Buelna.



---

# PRÓLOGO DEL AUTOR.

---

**S**ON los sacerdotes de la Ley de Gracia luces que alumbran el universo, ya con la antorcha de la sabiduría, ya con la de la ciencia, ya con la de la profecía, y ya entre otras con la inteligencia de las lenguas.

Esta luz, ó inteligencia de idiomas, ó es infusa, como la que hubieron los apóstoles, ó adquirida, como la de los maestros, de quienes conseguí las luces de que se componen los tres primeros libros de esta obrilla; los cuales observaron esta lengua otomí con tanta prolijidad, que inventaron caracteres, para dar á entender sus extraordinarias pronunciaciones, y reglas ciertas para entenderla y para hablarla; siendo el mejor de los tres el tercero, sin embargo de que con cualquiera de ellos se han formado ministros muy aptos del evangelio entre los indios otomíes.

El cuarto y quinto libros los añadí últimamente, siendo el mejor de los dos el quinto, y muy conforme al tercero, que es el más recibido. Contienen vocabularios del otomí al castellano, que es el mejor modo de aprender este idioma á falta de la viva voz. Así lo sienten los hombres doctos, que dan á la versión el segundo lugar, á falta de la viva voz, que obtiene el primer lugar.

# LUCES DEL IDIOMA OTOMI.

---

## LIBRO PRIMERO

De las que se divisaron en la Universidad y Hospital Reales de la Corte de México.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### Del origen de este idioma.

Antes que contemplemos dichas luces, pide el orden de esta materia, pongamos la vista en las tales cuales, que tenemos del origen y del nombre de esta lengua. Es sentir de San Agustín y de otros Santos Padres, que el primer idioma que en el mundo se habló, fué el hebreo; el que infuso por Dios á nuestros primeros padres, lo habló su posteridad, hasta después del diluvio, cuando la fábrica de la Torre Babel. *Erat autem terra labii unius.*

Intentaron construir esta torre tan alta, que pudieran comunicarse con el cielo. De aquí el castigo de confundirlos el Señor, de suerte que hablando todos, no todos se entendían. *Venite . . . confundamus linguam eorum*, pues hablaban ya distintas lenguas.

Desistieron por eso de su empresa, y el Señor los repartió á todas las regiones de la tierra. *Divissit eos Dominus in universas terras, et cessaverunt edificare civitatem.*

San Agustín y otros Padres, con San Gerónimo, cuentan setenta y dos que llamamos lenguas matrices, porque de estas nacieron las demás. De la hebrea, que quedó y fué matriz, se formaron la siriaca, la caldea y la arábica. De la latina, la vólaca, la italiana, la francesa y la española. Y así de las demás matrices, como la griega, eslavona, germana, tártara, abisinia, etc., etc.

Entre las matrices no se ve luz, haya sido la otomí una de ellas, pero es innegable, que una de ellas vino á nuestra América, pues no quedó tierra sin alguna. *Divissit eos Dominus in universas terras.*

Y no hallando luz en los expositores sagrados, de cuál de las matrices haya sido, la que vino á esta región, para rastrear si de ella fué nacida la otomí, quedaba la acción de solicitarla en los autores profanos de esta gentilidad. Pero ¡oh desgracia! que los libros de sus antigüedades fueron condenados al fuego por la ignorancia de los españoles, recelando superstición, donde no la había.<sup>1</sup>

Pereció entre ellos el famosísimo mapa, intitulado *Tecoamoxtli*, obra del unánime consentimiento y estudio de todos los sabios de la monarquía, en tiempo de *Ixtlilcúexahuac*, rey de Tula, y del celeberrimo astrónomo *Huematzin*.<sup>2</sup> Habían revuelto para esta obra cuantos monumentos escondía la antigüedad. Aquí estaba el origen de estas naciones, la división de sus gentes en la confusión babilónica, sus peregrinaciones por Asia y Africa, y otras noticias, de que sabríamos el origen del otomí. Algunos mapas ocultaron. En ellos consta que *Iztacmhuatl*, habitador de las siete cuevas y maternos senos, en donde se engendraron las más de las naciones pobladoras de estos países, tuvo

1 Tardes Americanas, 1ª, folio 11-12.

2 Tarde 2ª, folio 28.

seis hijos, de los cuales uno se llamó *Othomítl*, otro *Tenuch*, y otro *Mistecatl*, quienes hablaban distintas lenguas.

Que la primera gente pobladora fué gigantea; la qué fué destruída por los Xicalancas y Olmecas, briosos y de grande inventiva para la guerra. Que en lugar de esta nación vinieron del Poniente los Toltecas, quienes cultivaron la tierra, y sembraron maíz y algodón, y después de haber tenido ocho reyes sucesivos, se retiraron á Campeche y Honduras, por las pestes, hambres y otros infortunios que experimentaron.

Que después vinieron los Chichimecas, desde el Septentrión, por la parte del Norte, acaudillados del príncipe *Xololl*, desde su capital nombrada *Amaqueme*: inclinados á la caza, de que se alimentaban; razón porque están pintados en los mapas con arco en mano, y á sus piés muchos animales, volátiles y terrestres, triunfo glorioso de sus flechas.

Que éstos hallaron escondidas algunas familias toltecas, con quienes se enlazaron por matrimonio, y de ambas naciones se avecindó toda la tierra. Que los Chichimecas hablaban el idioma otomí, y los Toltecas el mexicano. Y se confirma con lo que asienta, pues dice, que los Chichimecas nombraban al movimiento del sol *Ionahiadi*, y al de la luna *Ionatzana*; y los Toltecas *Olintonatiuh* al movimiento del sol, y al de la luna *Olinmeztlitzqual*. Los primeros son en la realidad otomíes, y los segundos innegablemente mexicanos. Y añaden las citadas *Tardes*, que el mes duodécimo que los Chichimecas tenían dedicado á todos los Dioses, le decían *GathoOchá*, y al mes décimo tercio, dedicado á los Dioses de tierra fría, le decían *Ocháhuitchc*. Que es luz clara, fueron los Chichimecas, los que trajeron de *Amaqueme* el otomí.

## CAPÍTULO SEGUNDO.

### Del nombre de este idioma.

Tres nombres tiene este idioma: uno, que le dan los que tienen hábito de hablar en mexicano, otro los españoles, y otro los mismos otomíes. Los que saben mexicano, le dicen *Othomítl*, acaso para dar á entender, que esta nación tuvo por padre á *Othomítl*, hijo de *Iztacmehuatl*; ó inventaron este nombre, deduciéndolo de las propiedades morales de estos naturales, los que siempre caminaban cargados de flechas en pos de caza. Así se percibe de las dos voces de que se compone, *otocac* caminante, y *mitl* flecha, de los que resulta *Otomítl*.

El de *Otomí*, que dan los españoles, parece ser el mismo que dan los mexicanos, aunque diminuto ó mutilado. Es la razón, que los españoles no pronuncian con perfección todos los términos mexicanos, principalmente los que tienen la partícula *tl*. Y así se advierte, entre otras muchas voces, en la palabra flor, que diciendo el mexicano *xochítl*, el español le dice *xuchil*. Y esto puede haber acaecido en este asunto, que diciendo el mexicano *Otomítl*, el castellano haya dicho *Otomí*.

Los que entienden ambos idiomas, castellano y otomí, añaden una *h*, y aspiran la pronunciación, *Othòmí*. Es la razón: el hábito que tienen de escribir así la palabra *Othò*, que significa, no haber; pero su ánimo es dar el mismo nombre que da el castellano, *Otomí*.

No carecieran de fundamento, si pretendieran que *Otomí* era nombre de riguroso idioma, pues se puede decir, que está formado de *Othò*, que significa no haber ó no tener, y de la palabra *mi*, que no sólo significa nacer, más también sentarse. Y daría

á entender, ser lengua de los que no tienen asiento; lo más cierto es lo dicho en el párrafo anterior.

Hay naturales, que le dan el nombre de *nânû*. Da á entender, ser idioma del señor caminante, ó á la cabeza de los caminantes. Tal fué *Xolotl*, príncipe de los Chichimecas, que vinieron de *Amaqueme* y hablaban esta lengua. Tales fueron sus vasallos, cuando aquí llegaron, perpetuos caminantes de paraje en paraje, en pos de caza. Y tales, aun después de establecida la monarquía, caminantes de monte en monte, por defender la libertad, según dice Solís.

Puede ser compuesto también de *nû*, que significa cabeza, y de *nû*, que significa camino; ó de *nû* cabeza, y de *nû* de la voz *neûû*, que quiere decir caminante; ó de *nû* cabeza, y de *nû* de la palabra *nûhû*, que significa el Otomí ó Chichimeca, que, según lo dicho, deben ser lo mismo; ó de la palabra *nû* cabeza, que también significa hablar, y de la terminación *nû*, de la palabra *xinû*, que quiere decir nariz, y tendría este significado ó inteligencia: el idioma que se habla por la nariz. De cualquiera de estos modos, es nombre bueno, pues da á conocer las propiedades de los de esta nación.

Otros la nombran *Hiûhiû*. Puede componerse de *hiû*, que significa palabra, y de *hiû*, que significa tres, quizá porque haya sido tercera lengua, que aquí se hubiera hablado, ó porque Otomitl la hubiera usado, y éste hubiera sido hijo tercero de *Iztacmehuatl*, ó por otro tercero en orden numeral, que no alcanzamos.

Ultimamente, le dan el nombre de *nhiânhiû*. Y aun no falta quien diga ser vocablo corrupto, porque el debido término es *nhiânûû*, pues éste da á entender con más claridad, que es el idioma, como dijimos antes, del caminante ó caminantes, ó de los que hablan por la nariz, pero como en el día está este nombre de *Nhiânhiû* en uso de hombres muy peritos en este idioma, á éste hemos de estar para entender y que nos entiendan.

## CAPÍTULO TERCERO.

### Luces que daba D. Eusebio Escamilla, catedrático en la Real Universidad.

Dictaba ser trece sus pronunciaciones: *natural, gutural, narigal, hueca, indiferente, espirada, dental fuerte, dental suave, xi-xeada, ttzeada, tzetcada, detenida y rezongada.*

*Natural*, v. g. *daygua*, que quiere decir: ven acá.

*Gutural*, la formaba dentro de la garganta: con ella sola hacía retumbar el vocablo. V. g. *ccatti*, atorarse; *ccotti*, cobrar. Llamaba á esta pronunciaci3n, *gutural de castañuela*. Escribía-la con dos *cc*.

*Narigal*, pronunciábala por sola la nariz. El escrito denotaba con este signo  $\wedge$ . Y decía, que la *ñ* es también de esta pronunciaci3n.

*Hueca*, la formaba con la sola campanilla en la garganta, sin intervenci3n de la lengua. Escribía-la con una *y*, con virulita para abajo. V. g. *yhtza*, aborrecer.

*Indiferente*, llamaba á unas palabras narigales, que á un tiempo pronunciaba por boca y nariz. Escribía-la con este signo  $\alpha$ . V. g. *âhâ*, que significa dormir.

*Espirada*, hacíala con el aliento. V. g. *haà*, que significa sí, ó está bien; *thédì*, tamal. Dividía-la en espirada vocal, y narigal. La narigal, cuando el vocablo empezaba con aspiraci3n y letra muda, que entonces alentaba primero con la nariz, y pronunciaba después la boca. V. g. *hmati*, publicar. La espirada vocal, cuando el vocablo comenzaba con espiraci3n y sílaba, ó con letra muda y espiraci3n, aspirando y pronunciando á un tiempo el vocablo. V. g. *hehe*, toser; *thogi*, pasar; *hiú*, tres; *cha*, hacer. Denotábala con *h*.

*Dental fuerte*, formaba tocando fuertemente la lengua en los dientes, y escribíala con dos *tt*. V. g. *pentti*, agarrar.

*Dental suave*, sin trabajo alguno pronunciaba. V. g. *tedè*, criar.

*Xixcada*, decía ser como el *si* de algunos gachupines. V. g. *naxì*, el pellejo.

*Ttzcada*, pronunciaba como el que arrastra dos *ss* entre los dientes con fuerza, pareciendo el sonido al zumbido del moscón. El signo era este *ttz*. V. g. *ttzedi*, porfiar; *ttza*, palo.

*Tzetcada*, tropezando la lengua en los dientes con fuerza. El carácter era este *tz*. V. g. *tza*, punta; *tzodi*, vomitar; *tzehti*, sufrir.

*Detenida*, formaba en vocablos de dos sílabas y otras tantas consonantes. Pronunciaba las dos primeras, pausaba, y pronunciaba las segundas. Denotaba lo escrito con una rayita en medio de la dicción. V. g. *pe-tzi*, tener ó guardar.

*Rezongada*, decía ser, cuando el vocablo comienza con letra muda, pronunciando despacio, comenzando con un tono, como de rezongo separado. Anteponía en lo escrito una *m* ó *n*. V. g. *Mbonda*, México; *ndá*, semilla.

BIBLIOTECA PÚBLICA "JUAN JOSÉ ARREOLA"  
MÉXICO, 2008

## CAPÍTULO CUARTO.

**Luces que daban unos presbíteros, discípulos de D. Ignacio Santoyo, capellán del Hospital Real y sinodal de este idioma.**

Todo se confirma con el conteste dicho de dos ó tres, *in ore duorum aut trium stabit omne verbum*. Y habiendo observado yo, que las luces que quedan asentadas en el capítulo anterior, divisadas en la Real Universidad, son las mismas que ministraban los arriba dichos presbíteros del Hospital Real, puédese de-



cir que es doctrina segura la de los caracteres y pronunciaciões anteriores, y no haber necesidad de repetir las.

La pronunciaci3n *indiferente* explicaban 3stos con m3s claridad; escrib3anla con una *a* clara y *á* narigal unidas, *â*. Dec3an se deb3an pronunciar á un tiempo, de manera que pareciendo ya clara, ya confusa, tuviera de una y otra. Usaban del mismo ejemplo *âhâ*, dormir. Añad3an el de *mâ*, decir; *pâdi*, saber.

Extend3an estos la pronunciaci3n *indiferente* á la de un tono, que parece ser de *e*, y al mismo tiempo de *o*; y no es ni *e* ni *o*, pero tiene de una y otra. Le asignaban este car3cter  $\varphi$ . Pon3an este ejemplo *ih $\varphi$* , que significa hombre.

## CAPÍTULO QUINTO.

### **Siguen las luces del Hospital Real.**

Enseñaban, que de las veinte y seis letras con que se habla el castellano, faltaban seis al otom3, *f, j, k, l, r, s*. Algunos de los presentes dijeron faltarle s3lo la *f* y la *l*.

La *j* dec3an no faltarle, porque esta palabra *hahò*, que significa la zorra, escrita con *h*, hace el mismo tono, que escrita con *j*, *jajò*. Luego no lo falta.

La *k* dec3an no faltarle, porque esta palabra *ca*, que significa el cuervo, hace el mismo tono escrito con *c*, que escrito con *k*, *ka*. Y aun sin aÑadirle la *a*, con s3lo escribir la *k* sola, ella sola es cumplido vocablo, que significa cuervo. Luego no le falta.

La *r* dec3an no faltarle, pues en pronunciaci3n suave se advert3a. V. g. *nra*, que significa uno. Que s3lo faltaba con pronunciaci3n fuerte; ahora en principio de d3cci3n, como en Roma; ahora en medio, como en Larraga; porque este idioma en ning3n t3rmino la necesita.

La *s* decían no faltarle, pues esta voz *zaha*, que significa el dedo, escrita con *z*, hace el mismo tono, que *saha*, escrita con *s*. Luego no le falta.

Concluían esta conferencia, diciendo: que sólo la *f* faltaba, la que no quedaba sustituída con *ph*, ni con otro signo, porque riguroso tono de *f* no tenía voz alguna de esta lengua.

Lo mismo dijeron de la *l*, que en el todo le falta, pues dos términos, que se han oído con *l*, *labri*, y otro, son inventos nuevos, de muy pocos usados.

## CAPITULO SEXTO.

### Caracteres que usaban en dicho Hospital Real.

*a, æ.* — Usaban de *a* clara. V. g. *ati*, que significa zanja: de *ê* narigal confusa. V. g. *âni*, que significa moverse.

*c, cc, ch, ç.* — De una *c*. V. g. *ca*, que significa engendrar: de dos *cc*. V. g. *cahni*, que significa apedrear; es pronunciación de castañuela, como la explicaba el catedrático de la Universidad: de *ch*. V. g. *cha*, que significa hacer; aspiraban esta pronunciación. Ultimamente usaban de *ç* cedilla, en los nombres que salen de verbos, que empiezan con *x*. V. g. del verbo *xanni*, que significa enseñar, sacaban el nombre de *çahni*, que significa el discípulo.

*e, e, ê, ç.* — Escribían *e* clara. V. g. *dche*, agua: *e*, que llamaban ovejuna, prolongándole su pronunciación. V. g. *deni*, lucerna, animalito: *ê* narigal. V. g. *êdi*, que significa despedirse: *ç* confusa. V. g. *dçni*, que significa flor.

*ph.* — Escribían este signo en un tono de *p* soplada, que se percibe en esta palabra *phui*, que significa el sombrero.

*y, i, î.* — De *y* griega usaban, cuando hería; de *i* vocal, cuan-

do era herida. V. g. *yentí*, que significa brazo: *deeni*, que significa aguar, con *i* clara: *hianhîa*, sanar (menos de heridas, que es *naeni*). Usaban de *i* clara; también de *î* narigal, como se ve en los ejemplos.

*u, y, ú.*—No escribían *u*, cuando se liquidaba después de *g*: hería ésta suavemente á la siguiente vocal. V. g. *gine*, quieres. Cuando ponían *u* después de la *g*, era herida. V. g. *nugui*, vosotros.

Cuando después de la *q* ponían *u*, la liquidaban, como la *u* del *que* castellano. Cuando no se liquidaba, no usaba de *q*, sino de *c*. V. g. *cucxqui*, que significa torcerse.

Usaban de la *y*, que en la Universidad reducían á la pronunciación *hueca*. V. g. *nay*, el dolor. Y advertían ser diversa pronunciación de la *q* confusa de este capítulo, aunque es muy parecida. Pues preguntando á un nativo, cómo dice dolor? dirá *y*. Y preguntando, cómo dice hombre? dirá *yqhq*. Y se conocerá su diferencia.

Usaban de la *ú* narigal, del signo *tz*, del de *ttz*, del saltillo —, del como rezongo de *m* y de *n*, y del de la *x*, como lo usaba el catedrático de la Universidad: razón porque aquí se omiten.

Pero se advierte que cuando la *u* era herida de *c* y *h*, aspiraban la pronunciación. V. g. *chuanni*, confesar. Esto se entiende *u* clara; pues cuando la *y* era *hueca*, como la nombraban en la Universidad, le daban el tono castellano, que tiene el *chu* de *chupar*, pero con el correspondiente tono de garganta. V. g. *chytho*, poquito.

*z.*—De esta usaban algunos en lugar de *s* en el principio de dición. V. g. *zâxi*, que significa el grano. Otros la ponían al fin de dición. V. g. *maz*, en lugar de *mas*, que significa *si* condicional. V. g. *maz gine*, si quieres.

## CAPÍTULO SÉPTIMO.

### Del número singular y plural.

Enseñaban en dicho Hospital, que el nombre es indeclinable; que sólo tiene singular y plural; que con la partícula *na* se singulariza, y con *ya* se pluraliza. V. g. *nahiatzi*, la luz: *yahiatzi*, las luces.

Que al nombre colectivo se antepone la partícula *e*. V. g. *emahêtzi*, el cielo; á otros la partícula *ya*, como al colectivo *yatay*, que significa la plaza. Advertían, que á esta palabra *dû*, que significa muerto, se antepone una y otra. V. g. *edû*, los muertos; *yadû*, los muertos.

Que el nombre pierde en el vocativo las partículas antepuestas. Y hablando con Dios Nuestro Señor, ó con Nuestro Señor Jesucristo, se pospone esta partícula *quique*. V. g. *ô ma Ochæ quique*, oh mi Dios; *ô mahmu quique*, oh Señor mío.

Que hablando también con Nuestro Señor Jesucristo, ó con Nuestra Señora la Virgen María, se pospone esta partícula *que*. V. g. *ô Jesucristoque*; *ô Santa Mariaque*.

Que con la misma partícula *que* pospuesta se habla con persona de la tierra de especial respeto. V. g. *daigua niêque*, venga acá, señor.

Que hablando con inferiores, sin especial urbanidad, se omite toda partícula. V. g. *gayo, nyqhq*; anda, hombre.

Que también se usa de *i* pospuesta, hablando con persona de respeto, como un eclesiástico. V. g. *matai*, padre mío.

Y aun fingiendo hablar con un animal, se usa de la misma *i*. V. g. ven acá, caballo mío, *daygua maphani i*.

Que hablando en número plural, se pospone siempre la partícula *gui*, así con verbos, como con nombres. V. g. *dixigui behiêgui*, á vosotras digo, mujeres.

Para consultar el documento completo puede usted acudir a las instalaciones de la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco “Juan José Arreola”, en el área de Acervo Histórico.